

notas sobre la economía y el desarrollo de américa latina

Preparadas por los Servicios de Información de la CEPAL

Nº 397/398

Julio de 1984

ISSN 0251 - 9453



AMERICA LATINA Y EL CARIBE EN LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE POBLACION

23.27
0683



En el Perú: número de habitantes ... disponibilidad de alimentos ... número de escuelas ...

Existe consenso acerca de la estrecha interrelación de las variables demográficas y el proceso de desarrollo. El principio fundamental del Plan de Acción Mundial sobre Población en relación con las políticas que adopten los países en este campo es que éstas, para ser más eficaces, han de formar parte integrante de sus políticas de desarrollo económico y social y nunca ser sustituto de ellas.

Transcurrido un decenio desde su aprobación, el Plan de Acción Mundial sobre Población será sometido a revisión en la próxima Conferencia Internacional de Población, que tendrá lugar en México, del 6 al 13 de agosto de 1984. La experiencia latinoamericana de los años recientes constituye una riquísima fuente de enseñanza que ha sido poco explotada.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la población latinoamericana experimentó un crecimiento más rápido que el de cualquier otra región del mundo. De aproximadamente 159 millones de habitantes en 1950, aumentó a 209 millones en 1960, a 275 en 1970 y a cerca de 325 en 1980. Este notable crecimiento, bautizado como "explosión demográfica", se nutre de una alta fecundidad y de una mortalidad decreciente. Sin embargo, el ritmo de crecimiento de la población, que se fue acelerando hasta alcanzar un nivel máximo de más de 2.8%, ha disminuido llegando a alrededor del 2.3% anual.

Un somero análisis de la situación demográfica regional y el texto de las recomendaciones que los países de América Latina y el Caribe presentan ante la Conferencia Internacional de Población constituyen los temas centrales de esta edición de "Notas".

Adg 530
El Debate sobre Población y el Plan de Acción Mundial aprobado en 1974

CUANDO EN 1974 se reunieron en Bucarest los representantes de los países de las diferentes regiones del mundo para analizar las tendencias del crecimiento y distribución de la población y para formular recomendaciones tendientes a influir sobre su dinámica, se enfrentaban posiciones que divergían sustancialmente, no sólo en cuanto al tipo de acciones que se debían recomendar, sino también a la propia apreciación de la dinámica de la población como problema. Una de esas posiciones, quizás la más publicitada y predominante en los foros internacionales, consideraba que las tendencias demográficas adquirirían un carácter alarmante pues suponía la existencia de una asociación negativa entre un alto crecimiento de la población, derivado del descenso de la mortalidad y de una mantención de las pautas de fecundidad, y las posibilidades del desarrollo económico y del bienestar de los países. Teniendo como base esta percepción, los impulsores de tal posición consideraban imperioso enfrentar aquellas tendencias mediante un estricto control de la natalidad. Paulatinamente fueron adquiriendo cuerpo otros puntos de vista que, alejándose en mayor o menor medida de aquella percepción de la población como problema, enfatizaban la necesidad de comprender las tendencias demográficas de una manera más integrada con el desarrollo económico y social. Desde estas perspectivas, el proceso de desarrollo no quedaba universalmente supeditado a un control riguroso de la natalidad.

América Latina no estuvo ausente de esta controversia internacional. Acogiendo la inquietud expresada por los gobiernos de la región, la CEPAL convocó a los representantes nacionales, en abril de 1974, a una reunión preparatoria para la conferencia de Bucarest en San José de Costa Rica. Después de un prolongado debate, se alcanzó una posición de consenso en términos de reconocer que el grado de desarrollo económico y social y las características de ese proceso determinan las condiciones y tendencias de las variables demográficas y que estas últimas, a su vez, tienen importantes repercusiones sobre el desarrollo. Ese consenso acerca de la estrecha interrelación de las variables demográficas y el proceso de desarrollo fue llevado a Bucarest donde fue incorporado como un principio fundamental del Plan de Acción Mundial sobre Población que mereciera el unánime respaldo de la comunidad internacional de naciones.

Sin dejar de hacer algunas recomendaciones generales, que quedan sujetas a la decisión soberana de los países, el Plan de Acción Mundial sobre Población, se alejó de las posiciones extremas que prevalecían antes de la conferencia de Bucarest. En efecto, el Plan hace hincapié en la integración de los análisis y acciones sobre población como parte de las estrategias y políticas de desarrollo económico y social, afirmando que las políticas de población deben ser parte integrante de las políticas de desarrollo socioeconómico y nunca sustitutos de éstas. Recogiendo el espíritu de estas recomendaciones, los representantes de los gobiernos latinoamericanos vol-

vieron a reunirse en marzo de 1975, esta vez en México, para convenir un programa de actividades en el campo de la población a desarrollarse en el ámbito regional. Nuevamente se destacó la necesidad de propiciar acciones que contribuyesen a armonizar las tendencias demográficas y las del desarrollo económico y social. En este sentido, se convino que la base para una solución efectiva de los problemas asociados con las tendencias demográficas es ante todo la transformación económica y social.

Las Tendencias Demográficas en América Latina

Trascurrido un decenio desde la aprobación del Plan de Acción Mundial sobre Población, es útil efectuar una somera revisión de las tendencias demográficas en América Latina. Después de la Segunda Guerra Mundial, la población latinoamericana experimentó un crecimiento más rápido que el de cualquier otra región del mundo. De aproximadamente 159 millones de habitantes en 1950, aumentó a 209 millones en 1960, a 275 millones en 1970 y a cerca de 325 millones en 1980. Este notable crecimiento, bautizado por quienes más inquietud mostraron ante este fenómeno como "explosión demográfica", se nutre de una alta fecundidad y de una mortalidad decreciente. El ritmo de crecimiento de la población, que se fue acelerando hasta alcanzar un máximo de más de 2.8% en el primer quinquenio de los años sesenta, comenzó a disminuir desde entonces en forma sostenida de suerte que actualmente se sitúa alrededor de 2.3%

CUADRO N° 1
 América Latina (Veinte Países): Indicadores demográficos estimados entre 1950-1955 y 1980-1985.

PAISES	TASAS DE CRECIMIENTO (Por ciento)								TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD								ESPERANZA DE VIDA AL NACER											
	1950		1955		1960		1970		1975		1980		1950		1955		1960		1965		1970		1975		1980			
	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985
Argentina	1,62	1,56	1,44	1,34	1,44	1,61	1,58	3,15	3,13	3,09	3,05	3,15	3,36	3,38	62,73	64,74	65,48	65,98	67,32	68,71	69,71	62,73	64,74	65,48	65,98	67,32	68,71	69,71
Bolivia	2,31	2,39	2,47	2,55	2,65	2,74	2,82	6,75	6,69	6,63	6,56	6,50	6,39	6,25	40,44	41,91	43,45	45,06	46,74	48,64	50,74	40,44	41,91	43,45	45,06	46,74	48,64	50,74
Brasil	2,95	2,97	2,98	2,57	2,39	2,31	2,22	6,15	6,15	6,15	5,31	4,70	4,21	3,81	50,99	53,44	55,87	57,90	59,81	61,84	63,41	50,99	53,44	55,87	57,90	59,81	61,84	63,41
Colombia	3,12	3,18	3,24	2,92	2,44	2,39	2,33	6,72	6,72	6,72	5,95	4,78	4,31	3,93	50,65	53,51	56,22	58,42	60,41	62,16	63,63	50,65	53,51	56,22	58,42	60,41	62,16	63,63
Costa Rica	3,52	3,76	3,62	3,11	2,52	2,61	2,63	6,72	7,11	6,95	5,80	4,26	3,74	3,50	57,26	60,15	63,02	65,64	68,08	71,43	73,03	57,26	60,15	63,02	65,64	68,08	71,43	73,03
Cuba	1,87	1,86	2,65	2,47	1,94	1,10	1,05	4,01	3,76	4,67	4,29	3,47	2,18	1,98	58,79	61,79	65,10	68,50	70,93	72,75	73,45	58,79	61,79	65,10	68,50	70,93	72,75	73,45
Chile	2,16	2,47	2,38	1,99	1,76	1,74	1,70	4,80	5,19	4,98	4,05	3,33	3,10	2,90	54,10	56,09	57,64	60,55	64,20	65,65	67,01	54,10	56,09	57,64	60,55	64,20	65,65	67,01
Ecuador	2,84	2,96	3,04	3,05	3,01	3,12	3,17	7,00	7,00	7,00	6,80	6,50	6,29	6,00	46,94	49,63	51,85	54,62	57,10	59,96	62,57	46,94	49,63	51,85	54,62	57,10	59,96	62,57
El Salvador	2,85	3,13	3,22	3,20	3,22	3,27	3,22	6,46	6,81	6,85	6,62	6,33	6,01	5,56	45,26	48,57	52,34	55,92	59,07	62,17	64,83	45,26	48,57	52,34	55,92	59,07	62,17	64,83
Guatemala	2,89	2,94	3,03	2,96	3,07	3,02	2,91	7,09	6,92	6,85	6,40	6,16	5,68	5,17	42,68	45,44	48,23	51,16	54,61	57,79	60,72	42,68	45,44	48,23	51,16	54,61	57,79	60,72
Haití	1,87	2,11	2,29	2,24	2,54	2,62	2,72	6,15	6,15	6,15	6,25	6,08	5,92	5,74	37,56	40,68	43,57	46,25	48,49	50,65	52,73	37,56	40,68	43,57	46,25	48,49	50,65	52,73
Honduras	2,95	3,14	3,32	3,43	3,49	3,52	3,38	7,05	7,17	7,35	7,43	7,37	7,14	6,50	42,16	44,99	47,94	50,89	54,12	57,11	59,91	42,16	44,99	47,94	50,89	54,12	57,11	59,91
México	3,05	3,26	3,37	3,39	3,35	2,96	2,68	6,75	6,75	6,75	6,70	6,40	5,40	4,61	50,75	55,42	58,61	60,31	62,21	64,09	65,73	50,75	55,42	58,61	60,31	62,21	64,09	65,73
Nicaragua	3,15	3,25	3,33	3,37	3,42	3,40	3,45	7,33	7,33	7,33	7,10	6,71	6,31	5,94	42,28	45,40	48,51	51,61	54,70	56,26	59,81	42,28	45,40	48,51	51,61	54,70	56,26	59,81
Panamá	2,71	3,01	3,13	3,09	2,84	2,50	2,26	5,68	5,89	5,92	5,62	4,94	4,06	3,46	55,26	59,34	61,99	64,27	66,34	69,19	70,98	55,26	59,34	61,99	64,27	66,34	69,19	70,98
Paraguay	3,01	3,05	3,03	3,04	2,94	2,91	2,88	6,62	6,62	6,62	6,40	5,70	5,20	4,85	51,94	54,53	56,60	59,55	63,06	64,11	65,11	51,94	54,53	56,60	59,55	63,06	64,11	65,11
Perú	2,55	2,71	2,87	2,80	2,78	2,63	2,60	6,85	6,85	6,85	6,56	6,00	5,38	5,00	43,90	46,28	49,13	51,50	55,52	56,94	58,60	43,90	46,28	49,13	51,50	55,52	56,94	58,60
Rep. Dominicana	2,72	3,10	3,24	3,25	3,09	2,55	2,52	7,50	7,50	7,33	7,01	6,31	4,80	4,18	45,10	49,08	52,64	55,35	57,86	60,27	62,58	45,10	49,08	52,64	55,35	57,86	60,27	62,58
Uruguay	1,07	1,19	1,24	1,09	1,11	1,01	0,93	2,73	2,83	2,90	2,80	3,00	2,93	2,76	66,27	67,24	68,43	68,63	68,83	69,61	70,34	66,27	67,24	68,43	68,63	68,83	69,61	70,34
Venezuela	3,23	3,46	3,31	3,26	3,07	3,08	2,96	6,64	6,80	6,70	7,00	5,15	4,74	4,33	52,29	55,71	58,93	61,85	64,49	66,24	67,80	52,29	55,71	58,93	61,85	64,49	66,24	67,80
América Latina	2,70	2,81	2,88	2,69	2,58	2,46	2,37	5,89	5,93	5,97	5,53	5,05	4,55	4,15	51,56	54,39	56,82	58,81	60,93	62,81	64,39	51,56	54,39	56,82	58,81	60,93	62,81	64,39

anual. Este crecimiento regional es el resultado de tendencias que difieren mucho de un país a otro. Como lo muestra el Cuadro número 1, en Argentina, Cuba y Uruguay, las tasas de crecimiento eran ya inferiores a 2% en los años cincuenta; en Brasil, Colombia, Costa Rica y Chile, comenzaron a decrecer en el período 1960-1965 y lo mismo ocurrió posteriormente en México, Panamá, Perú, República Dominicana y Venezuela; en cambio, en otros países, como Bolivia y Haití, el ritmo de crecimiento se ha mantenido elevado, e incluso se ha acelerado.

Al analizar el comportamiento de *la natalidad* en el período 1950-1980, se advierte que éste ha mostrado una tendencia a la baja tanto en la región en su conjunto como en todos los países que la integran. Sin embargo, los ritmos de descenso han sido diferentes, reflejando la heterogeneidad de situaciones demográficas que se manifiestan en América Latina. En algunos países, como Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras y Nicaragua, las tasas de natalidad seguirán siendo superiores al 40 por mil en el quinquenio 1980-1985; en cambio, en México, Perú, Venezuela, Brasil y República Dominicana, se alcanzaron tasas inferiores a aquel valor en el período 1975-1980. Aún antes, en el quinquenio 1970-1975, otros nueve países presentaban tasas de natalidad inferiores a 40 por mil. Si se relaciona esta información con las consideraciones del Plan de Acción Mundial en cuanto a que la tasa de natalidad de los países en desarrollo tendría que disminuir a 30 por mil para que, conjuntamente con un aumento de la esperanza de vida, su tasa de crecimiento demográfico no superara un 2% en 1985, se advierte que la región latinoamericana no estaría lejos de alcanzar tal supuesto. Cabe recordar que algunos países obtuvieron ese valor antes de la aprobación del Plan y que otros lo consiguieron durante los años setenta. De ello se infiere que la evolución de la fecundidad ha seguido un curso un tanto independiente del sugerido por el Plan.

De modo general, *la fecundidad* actual de América Latina ha sido el fruto de las deficientes trayectorias de cambio que han tenido los distintos países. Una medida resumen que expresa estas diferencias es la tasa global de fecundidad; este indicador señala el número de hijos que en promedio tendría una mujer de una cohorte hipotética de mujeres que, durante el período fértil, tuvieron sus hijos de acuerdo a las tasas de fecundidad por edad prevalecientes en la población y no estuvieran expuestas al riesgo de morir antes del término de su período fértil. Ya con anterioridad a 1960, Argentina y Uruguay presentaban tasas globales de fecundidad de alrededor de 3; un valor parecido se registraba en Cuba hacia 1975. En estos tres países el descenso de la fecundidad fue un proceso

lento pero sostenido, que guarda cierta semejanza con la evolución experimentada por varios países de Europa. Distinta ha sido la situación de Bolivia, Haití y Honduras, cuyas tasas globales de fecundidad se situaban alrededor de 6 en el quinquenio 1975-1980 sin que se percibiese con claridad un descenso de los ritmos reproductivos de la población.

Entre las dos situaciones señaladas se encuentran otros tres grupos de países. Colombia, Costa Rica, Chile y Venezuela han mostrado, a partir de 1960, una acelerada declinación de sus tasas globales de fecundidad, fenómeno que se ha manifestado entre las mujeres de todas las edades y todos los grupos sociales. En épocas más recientes se ha observado en México, Panamá y Paraguay un descenso aún más marcado de la fecundidad y declinaciones parecidas se registran en Brasil, Ecuador, Jamaica, República Dominicana y Trinidad y Tabago. Por último, El Salvador, Guatemala y Nicaragua exhiben una leve pero sostenida disminución de las tasas globales de fecundidad en los últimos años.

La generalizada baja en los ritmos reproductivos de la población ha alcanzado valores inferiores a lo indicado en las proyecciones de población elaboradas en décadas pasadas. Así, teniendo en cuenta la nueva información proporcionada por los censos de 1980, las nuevas proyecciones permiten señalar que las previsiones anteriores sobreestimaban la población de América Latina en poco más de un millón de personas para 1980; esta sobreestimación alcanzaba a 16.4 millones para el año 2000 y a 80.3 millones para 2025. Tales discrepancias indican que el crecimiento demográfico esperable para el futuro será bastante más lento que lo supuesto hace un decenio.

En lo que se refiere a *la mortalidad*, una de las metas propuestas por el Plan de Acción es reducirla en la mayor proporción posible, especialmente en lo que se refiere a la mortalidad infantil, y a la derivada de la maternidad. Otra, es reducir en cada país las diferencias entre las tasas de mortalidad nacional y las subnacionales. El Plan de Acción planteó que para lograr que la esperanza media de vida mundial llegase a ser de 62 años en 1985 y de 74 en el año 2000, sería preciso que para fines de este siglo ésta experimentara un aumento de 11 años para América Latina.

Tal como ha acontecido con la fecundidad, también la mortalidad ha exhibido notables diferencias entre los países. Mientras que en Argentina y Uruguay la esperanza de vida al nacimiento ya superaba los 60 años en 1950, en Bolivia y Haití ese indicador era todavía inferior a 50 años en el quinquenio 1975-1980. Si bien la mortalidad se ha reducido notablemente en algunos países como Ecuador, El Salvador, Guatemala, Hondu-

ras, Nicaragua, Perú y República Dominicana, la esperanza de vida al nacer no llegaba en ellos a los 60 años en el período 1975-1980. En cambio, Costa Rica, Cuba y Panamá compartían con Argentina y Uruguay los valores más bajos de mortalidad dentro de la región, contando con una esperanza de vida superior a los 65 años en el quinquenio señalado.

Probablemente sea la mortalidad en la infancia y la niñez temprana la que muestra mayores diferencias a través de la región entre los países, así como dentro de los mismos. En efecto, todavía en el período 1975-1980 había cuatro países — Bolivia, Haití, Honduras y Perú — en los que fallecían más de cien de cada mil niños nacidos vivos antes de alcanzar su primer año de vida; en cambio, la probabilidad de que un niño falleciera antes de cumplir su primer año de vida era inferior a cincuenta en otros ocho países — Argentina, Costa Rica, Cuba, Chile, Panamá, Paraguay, Uruguay y Venezuela. Al considerar a la región como un todo, se puede advertir que si la mortalidad de los menores de cinco años, en 1975-1980, hubiera sido semejante a la observada en Argentina para el mismo quinquenio, las muertes se podrían haber reducido en un 54%; al aplicar el mismo supuesto para Bolivia, el número de muertes se habría aminorado más de un 80% de las efectivamente registradas.

Análisis efectuados con datos de los censos de población más recientes de Bolivia (1976) y Panamá (1980) ilustran las considerables diferencias intranacionales que presenta la mortalidad infantil. Mientras en la ciudad de Santa Cruz, en Bolivia, la probabilidad de que un niño muriera antes de enterar el segundo año de vida alcanzaba a 122 por mil, en las áreas de mayor ruralidad de la zona de los Valles, en el mismo país, se elevaba a 280 por mil. En Panamá, la probabilidad de morir en el primer año de vida entre los hijos de los trabajadores agrícolas de las zonas de mayor ruralidad era cuatro veces superior a la correspondiente a los niños vecindados en la capital nacional, cuyos padres pertenecían al estrato medio-alto.

El Crecimiento Económico de América Latina

Profundamente entrelazados con las tendencias demográficas reseñadas se encuentran importantes cambios de naturaleza económica. Después de la Segunda Guerra Mundial y hasta mediados de los años setenta, la economía de la región mostró un rápido crecimiento del producto interno bruto, alcanzando una tasa superior al 7% durante el período 1970-1975. Aunque se dieron amplias diferencias entre los países, la evolución en el ámbito regional fue el resultado de un crecimiento en la mayoría de ellos. Las altas tasas de

crecimiento económico hasta mediados de los años setenta fueron concomitantes con profundas transformaciones de la estructura productiva. La industria manufacturera creció aún más rápidamente que el producto interno bruto, de suerte que su participación en el mismo pasó del 18 al 24% entre 1950 y 1975. El aumento de esa participación fue más pronunciado en los países de mayor tamaño económico y demográfico, que ya tenían en 1950 un grado más alto de industrialización. Al mismo tiempo, el sector agropecuario siguió una tendencia contraria y su participación en el producto bajó de 20 a 13%. La fuerza de trabajo ocupada en la industria también creció relativamente en casi todos los países a la par con el proceso de urbanización y la disminución de la fuerza de trabajo agrícola, y con el aumento del sector terciario.

El rápido crecimiento de la economía fue acompañado por una tendencia similar en la inversión, que llegó a alcanzar tasas anuales de crecimiento superiores al 8% entre 1965 y 1973. Sin embargo, la inversión varió ampliamente según los países, siendo en general más elevada y estable en los grandes y medianos. El alto crecimiento de la inversión en la región se apoyó en elevados montos de ahorro interno, que superaron el 18% del producto interno bruto a partir de 1950. Esto significó que la proporción de la inversión financiada con ahorro nacional en la región en su conjunto fue superior a 90% en todos los períodos, desde 1950 hasta 1975-1979, pero se mantuvo desde entonces debajo de ese porcentaje.

Crecimiento Económico, Crecimiento Demográfico y Bienestar Social

Es importante advertir que los considerables avances económicos, registrados desde la postguerra hasta mediados del decenio de 1970, tuvieron lugar en el mismo período en que el crecimiento de la población latinoamericana alcanzó su ritmo más elevado. Tal constatación histórica permite poner en tela de juicio los argumentos de quienes sustentan la posición según la cual existiría una asociación negativa entre el dinamismo demográfico y el de la economía. Aún más discutible resulta esta argumentación al constatarse que el crecimiento económico de América Latina comenzó a hacerse más lento, hasta llegar a tasas negativas durante 1981 y 1982, precisamente cuando la baja de la fecundidad comenzó a hacerse ostensible en todos los países de la región; se ha advertido, además, que después de 1980 se ha producido una significativa disminución del coeficiente inversión-ahorro y de la proporción de la inversión financiada con el ahorro interno.

Ante estas tendencias generales para América Latina, en que hubo un creci-

miento económico acompañado de un fuerte crecimiento de la población y un estancamiento productivo posterior, paralelo a un descenso de la fecundidad, ¿cabría concluir que el crecimiento demográfico no tiene ninguna consecuencia para el desarrollo económico? La respuesta es obviamente negativa. Suscribir sin más esa conclusión significaría pecar de una ligereza impropia de un enfoque científico para un tema de tal complejidad. Si el crecimiento económico de los países fue posible pese a que estuvo acompañado de un crecimiento alto de la población, este fenómeno debe constituir el punto de partida de análisis más profundos sobre las consecuencias de este crecimiento para el desarrollo económico.

Indudablemente, la región latinoamericana ha experimentado un proceso de expansión económica que se ha desenvuelto paralelamente con la multiplicación acelerada de su población. Sin embargo, algunos indicadores de bienestar social muestran serias deficiencias en cuanto al grado de irradiación social del crecimiento económico de la región. Por este motivo, las evaluaciones hechas por la CEPAL reconocen una ambivalencia fundamental en la evolución del proceso económico y social en el curso de los últimos años. Si, por una parte, la región ha demostrado capacidad para expandir su producción material a un ritmo bastante alto, por otra, ha exhibido una notoria incapacidad para distribuir en forma equitativa los frutos de ese acelerado avance material. Los indicadores de distribución del ingreso disponibles para los países en los que se concentra la mayor parte de la población de América Latina señalan que, hacia 1975, el 10% de los hogares más ricos recibía el 47.3% del ingreso total, mientras que el 40% más pobre sólo percibía el 7.7% del ingreso. La experiencia del período 1960-1975, durante el cual se produjo un avance económico sin precedentes, muestra que la situación de los grupos más pobres se ha ido deteriorando. Tanto la magnitud de la desigualdad como su carácter persistente constituyen antecedentes fundamentales para comprender las considerables variaciones que presentan los indicadores de mortalidad entre los distintos estratos sociales y áreas de los países.

Limitaciones al empleo

Otros indicadores de la evolución social de la región muestran también que parte importante de la población de América Latina ha tenido, además de un acceso muy restringido a los frutos del crecimiento económico, serias limitaciones en materia de empleo. El efecto conjunto del crecimiento de la población y los cambios en la estructura por edades de la misma se ha traducido en un incremento

notable de la población en edades activas. A partir de 1970 se inició un cambio de gran significación en las tendencias de las proporciones de jóvenes y de personas en edad de trabajar en la población de América Latina. Mientras en el período entre 1950 y 1970 los menores de 15 años aumentaron de 40.7% a 42.4%, para 1980 esa proporción se redujo a 39.4%; por su parte, la población de 15 a 64 años que en el primer período había disminuido de 56% a menos de 54%, en 1980 alcanzaba ya a 56.4%. Tendría que haberse producido un fuerte incremento de nuevos empleos para ocupar a esa nueva fuerza de trabajo. Si se hubieran mantenido constantes las pautas de participación por sexo y por edad vigentes en cada país durante el período 1950-1980, cálculos hechos por el CELADE indican que la población económicamente activa de la región habría aumentado de 55 a 122 millones de personas, es decir, que la fuerza de trabajo se habría acrecentado en 67 millones durante ese período. Ese incremento es un fenómeno atribuible a la incorporación a las edades activas de los niños que nacieron en épocas de fecundidad alta.

En una situación de creciente insuficiencia de empleos productivos adecuadamente remunerados, ese fuerte incremento de la fuerza de trabajo no hará más que agravar el desajuste entre la oferta y la demanda de mano de obra en los países de la región. De ahí la formación de crecientes mercados de trabajo "informales", que absorben ese exceso de fuerza de trabajo que no encuentra cabida adecuada en el proceso productivo y que tiene que conformarse con trabajar por cuenta propia en actividades relacionadas con servicios improductivos —que representan formas de desempleo encubierto— o en empresas tradicionales de bajísima productividad.

De la confrontación de las tendencias demográficas y económicas, dada una situación de severa y persistente desigualdad social en el reparto de los beneficios, surgen diversos problemas que han de ser motivo de especial consideración para los gobiernos latinoamericanos. El crecimiento de la población ha conducido a una ampliación de las necesidades educativas; si bien se ha podido observar que todos los países han tenido descensos en la proporción de analfabetos, todavía el número absoluto de los mismos sigue siendo de una magnitud no esperable para fines del siglo XX. Será necesario, además, realizar ingentes esfuerzos en lo que concierne a la capacitación de los recursos humanos, lo que debiera involucrar cambios importantes en cuanto a la extensión y calidad de la educación formal. Por otra parte, el crecimiento de la población unido al incremento de la esperanza de vida y la creciente proporción de personas en edad avanzada en relación con la población activa, se traduce